

GENEALOGÍA Y TRANSFIGURACIÓN DE OCCIDENTE

Raymond Abellio



TRADUCCIÓN Y EDICIÓN DE JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GARCÍA

* Conferencia dictada por Raymond Abellio en la Biblioteca Nacional de Lisboa el 31 de mayo de 1977. Intencionalmente se conservó la espontaneidad del estilo oral de esta alocución. Acostumbrado –debido a su pasado político– a expresarse en público, Raymond Abellio no utilizaba –al hacer sus notas– más que algunas palabras o esquemas que apuntaba en hojas; jamás se valía de palabras escritas. De allí la extraordinaria vivacidad de este orador a quien su auditorio calificaba de “perspicaz”. Está tomada del libro de Raymond Abellio, *De la politique à la gnose. Entretiens avec Marie-Thérèse de Brosses*, París, Éditions Pierre Belfond, 1987, pp. 187-219. Portada: ilustración del enigmático *Manuscrito Voynich*.

Después de veinticinco siglos, Occidente ha reunido todas las condiciones –al menos esa es mi convicción– para adquirir una nueva conciencia, una conciencia que podríamos llamar trascendental, de su misión.

No soy pesimista, como ustedes ven, acerca del destino de Occidente, ni optimista ni pesimista –no lo sé–; pero es indudable que en la hora actual, después de veinticinco siglos de triunfos, de sufrimientos y de ruinas acumuladas por el Occidente –en este mismo momento la muerte lo amenaza– se abre ante él la oportunidad, la posibilidad, de una nueva conciencia. Segundo nacimiento y conciencia trascendental son la misma cosa.



*Emblema del Microcosmos-
Macrocosmos, de Jan Moerman
De Cleyner Werelt, Ámsterdam, 1608*

La primera expresión, “segundo nacimiento”, está tomada de la Tradición; “conciencia trascendental” es una expresión, por el contrario, tomada de la filosofía más moderna, la fenomenología trascendental de Husserl.

Pronuncio el nombre de Husserl por primera vez ante ustedes, y volveré a él frecuentemente en esta exposición. Para mí, Husserl es el último filósofo de Occidente, pero no el último en el sentido de que liquida a la filosofía, sino más bien en el sentido contrario, en el que la *corona*.

Cuando hablo –entendámoslo bien– de conciencia trascendental, eso significa inmediatamente que no me coloco en un plano político sino metapolítico, e incluso metafísico, y que tampoco me instalo en la corriente de la historia sino, por el contrario, en un plano transhistórico. Eso, espero, aparecerá muy claramente. Y también adelanto que si se habla de crisis, de la decadencia de Occidente, se emplea un vocabulario ingenuo.

Hay una historia visible, en la que el Occidente está en crisis e incluso amenazado de muerte. Está en crisis en su cuerpo, está en crisis en su alma, está en crisis en su espíritu. En crisis en su cuerpo –en su poder físico– por el hecho de que los imperialismos se enfrentan, y de que todas las naciones (ustedes lo saben, el Nuevo Testamento lo dice claramente)...todas las naciones divididas

peligran en contra de sí mismas. En crisis física al lamentar igualmente la impotencia del Tercer Mundo.

La crisis del alma se explica por la subversión misma de sus valores, especialmente los valores de libertad y de justicia, que son valores religiosos que, al hacerlos descender al plano político, se volvieron profanos. Y en crisis sobre todo y esencialmente –y quizá la más importante– en su inteligencia, en su espíritu, por la crisis de las ciencias.

La crisis de las ciencias occidentales, en este momento, es patente de manera evidente. Pero es una crisis, repito, positiva, y es allí donde quiero agregar que, junto a la historia visible, hay una historia trascendental, una historia que podríamos llamar *invisible*, más secreta, –y por qué no emplear la palabra– una historia sagrada en la cual, indiscutiblemente, la guerra, el mal, deben ser relativizados y en la que no puede haber algo puramente negativo, no puede haber regresión y decadencia puras. Hay todo un sentido positivo que es necesario encontrar. Y todo el problema de la conciencia trascendental consiste en descubrir el sentido positivo de cosas que aparentemente son las más negativas, como el mal, la guerra o el sufrimiento de los hombres. Bien entendidos, los métodos de esta ciencia histórica nueva, trascendental, constituyen un problema clave: cómo discernir lo positivo que se oculta detrás de acontecimientos aparentemente subversivos. Ese es el tema de fondo de mi exposición.

Un hombre como Husserl, de quien voy a hacer una cita del todo notable, puso en evidencia el papel fundamental del nuevo conocimiento occidental. En su libro *La filosofía como ciencia rigurosa*, dice: “Nuestra época, por su vocación, es una gran época”; y agrega lo que es una clave: “...pero padece de un escepticismo que hiere sus antiguos ideales no esclarecidos”. “Sus antiguos ideales no esclarecidos”: nos encontramos ya plenamente en la referencia a la Tradición. Tomemos, a guisa de ejemplo de lo que llamo la “historia invisible”, el año 1492. Para nosotros significa la expedición de Cristóbal Colón hacia América, el descubrimiento de América. Para los judíos, sin embargo, es la fecha de la expulsión de España, de la gran expulsión, que para ellos fue una catástrofe

de grandes proporciones. A la vez, señala el inicio de los tiempos modernos; el Renacimiento está próximo. Pues bien, llamo “historia invisible” a la historia que pone en relación hechos que en apariencia son tan independientes como distintos.

Otro ejemplo: el período de 1964-1968, que vio la revuelta estudiantil en el mundo y que comenzó en 1964 en Berkeley es, al mismo tiempo, el período de la Guerra de los Seis Días en Israel; es la época de la revolución cultural en China; es también la época de un hecho mucho menos importante en apariencia: el voto del Congreso estadounidense que rechazaba la ayuda al Tercer Mundo si éste no tomaba medidas para reducir las tasas de nacimiento.

Este es un conjunto de hechos totalmente disímolos. No pueden hacer



Grabado de la caja del título de la obra de Robert Recorde, *El Castillo del Conocimiento*, 1556.

historia seria –y es lo que llamo historia trascendental– si no establecen relaciones estrechas entre todos estos hechos, relativizándolos, haciéndolos surgir de una causa común. En ese momento se efectúa una operación intelectual, completamente distinta de las operaciones intelectuales habituales, basada en la noción de causalidad. Se pasa de causas eficientes, de la causa-efecto lineal, a causas finales, es decir, se remonta el efecto hacia la causa. Sé muy bien que las causas finales no tienen buena prensa, pues se prestan a todas las perversidades intelectuales. Spinoza decía: “Las

causas finales son el asilo de la ignorancia”. Quisiera rehabilitar la concepción de causas finales –no porque de allí emerja un método para aplicar sistemáticamente: hay que encuadrarlo, hay que proporcionarle parapetos intelectuales. Pero los esoteristas –aquellos que están preocupados por la Tradición– siempre han intentado discernir en medio del bullicio de los acontecimientos la orientación de éstos, y han intentado explicarlos por la *finalidad* que dichos eventos perseguían.

Ya Séneca, en tiempos de los romanos, se preguntaba acerca de la actitud de los sacerdotes etruscos (los sacerdotes etruscos eran los jefes de un pueblo que era anterior al de los romanos en la historia de Roma). Séneca decía: “Estos sacerdotes etruscos –es extraño– afirman que “no es debido a que las nubes se juntan por lo que la luz surge, sino que es *al fin* porque la luz surge que las nubes se juntan”. Maravilloso ejemplo de causa final. Entiéndase bien, lo repito: de tales concepciones, de tales explicaciones que no explican nada, o que explican algo para después aturdirnos, son profecías de llegada (o profecías de golpe como decía Montaigne), que se prestan a todas las perversidades poéticas. De esta manera se puede explicar todo. Ése no es el método que propongo. Como un intento de poner orden en la historia trascendental, el método que voy a proponer es un método operacional; es un método lógico, una *nueva lógica*. Los estadounidenses dirían “una nueva gnosis” (la palabra hoy está de moda sólo en América, antes de estarlo en todo Occidente).

Para mí, lo esencial hoy es establecer los principios, el discurso del método, que permita volver operativo determinado número de reglas intelectuales, de tal forma que sirvan de parapeto a las perversidades más o menos poéticas de todos los simbolismos que han invadido el esoterismo..

Cuando Husserl habla del escepticismo que disuelve “los antiguos ideales no esclarecidos” –lo que de hecho es una referencia explícita a la Tradición– es porque, de manera subyacente, la Tradición está presente. ¿Cuáles son estos ideales? Aquí lo digo sucintamente, sin tener el tiempo de hacer una demostración muy completa y que me llevaría al comienzo, es decir, demasiado lejos, y admito de manera implícita las esencias de una Tradición primordial –tema que ustedes encontrarán que subyace en toda mi exposición.

Según yo, existe una Tradición primordial, que es la de los tiempos comunes a todas las religiones, a todas las filosofías, a todos los mitos, a todos los símbolos –y en cuyo estudio hoy vamos a extendernos un poco. Dicha Tradición fue dada de golpe a la humanidad y de una manera *velada*. Es evidente, cuando consultamos ciertos documentos esenciales –aunque no únicos– que contienen símbolos que frecuentemente suscitan dificultades de interpretación y dan lugar,

incluso, a perversiones de la imaginación. Pero existen los *ideogramas*, y llamo su atención sobre el hecho capital de la existencia de los ideogramas, que no son susceptibles de variaciones estructurales. Con ellos no se puede cambiar el texto: el ideograma no lo puede hacer, él es tal y como se da, se le recibe tal y como es, y a largo de los siglos se transmite sin variaciones posibles. Existe, por ejemplo, el simbolismo de la cruz –la cruz es un símbolo extremadamente sencillo– por el cual estaríamos sujetos a cierto simbolismo que se podría prestar a determinados desarrollos y, en consecuencia, a muchas controversias. Pero finalmente, hay dos ideogramas fundamentales en la Tradición que vamos a reencontrar en la nueva

gnosis y que son su piedra de toque; aportan la prueba desvelada de que estamos ante la verdad. Se trata del Árbol de los Sefirot de la Cábala y de los hexagramas del *I-Ching* de los antiguos chinos, documento que es tal vez el más antiguo de la humanidad (cinco o seis mil años de antigüedad, sino es que más, no se sabe): son documentos milenarios. Sin embargo, aunque son imágenes geométricas junto con palabras, lo que es fundamental es la articulación geométrica, y a



Los ocho triagramas básicos del *I Ching* o *Libro de las Mutaciones*.

pesar de que haya glosas, cualesquiera que sea el conjunto de comentarios que se hayan acumulado en torno a estos documentos desde el inicio de la humanidad, los documentos se mantienen tal y como son. Son trazos sobre papel, y a estos trazos no se les ha podido cambiar; son una imagen geométrica. Eso se dio entonces de súbito pero de manera *velada*, en tanto los hombres recibían esta revelación o esta instrucción, pues no se sabe su origen: quizás fue una revelación, la gracia de un espíritu santo o una instrucción de gente venida de otro lado y a quien los hindúes llamaban “rishis”. Este problema carece de interés, pues de cualquier forma proviene de algún lado –sea que los grandes “rishis” lo hayan traído o que algunos extraterrestres hayan desembarcado algún día, hace siete u ocho mil años, que nos lo hayan dado y lo hayan repartido, dejando niños cuando se desposaron, dice la Biblia, “las hijas de los hombres”–

y ello poco importa, aunque es necesario que ellos también hayan recibido esta revelación de alguna parte, si ustedes quieren de una inteligencia superior, de una inteligencia cósmica, de una inteligencia divina: no juguemos con las palabras, no es un problema filosófico.

Así, decía, los hombres que han recibido esta revelación no disponen ni de los elementos ni de los operadores o de los medios intelectuales o conceptuales susceptibles de poner estas nociones en frases claras. ¿Por qué? Porque esta época antigua de la humanidad, en la que la conciencia no alcanza los grados de precisión, de capacidad de análisis que alcanza hoy, cuando los hombres vivían en un estado de participación universal del mundo, participación que llamaríamos mística si quieren –la palabra “participación” es verdaderamente iluminadora–, estaban en estado, decían los antiguos hindúes, de clariaudiencia: a eso le llamaban “shrutí”. En otras palabras, una especie de estado de sinestesia –el mundo les hablaba o, más exactamente, *sentían* el mundo. En el *Génesis de Moisés*, cuando Moisés recibe la Ley en la cima del Monte Sinaí (el pueblo está reunido al pie, y ve la nube ardiente en lo alto de la montaña), la Biblia dice textualmente: “El pueblo veía los sonidos del trueno y las trompetas”, “veía” –no dice entendía, sino “veía”. Esto prueba que había una especie de sinestesia, de fusión de todos los sentidos: el oído, la vista, etcétera. Una suerte de estado indiferenciado, en el que también encontrarán el simbolismo del *Génesis de Moisés*, cuando él dice que, al salir del Paraíso, de ese estado indiferenciado entre el hombre y el mundo, “Adán y Eva recibieron envolturas de piel”. ¿Qué quiere decir eso? Que se les ha constituido como individuos separados y se les da un ego que no tenían. En toda la evolución –o más bien en toda la *involución*– de la humanidad, este período (que llamaremos *descendente* simplemente de una manera simbólica) en el que el hombre adquiere su individualidad, ha consistido precisamente en hacerle tener una razón *razonante*, una razón “escindida” –al separarla del mundo y conferirle una inteligencia analítica que le permitía hacer distinciones, hacer cortes. El triunfo de esta razón escindida es el inicio de los tiempos modernos; es Descartes –Galileo, Descartes o Newton. Pero debido a este triunfo de la dualidad entre el hombre y el mundo, entre el espíritu y la

materia –y que constituye el fondo del cartesianismo–, debido a que esta escisión triunfó y dio los resultados que se conocen (es decir, el enorme triunfo de las ciencias modernas y, al mismo tiempo, la crisis actual, pues en el fondo de esta crisis está el cuerpo, la consecuencia inmediata de dicho triunfo), nosotros sabemos que es necesario salir de esta razón escindida y abordar los períodos de reintegración.

En otros términos, sentimos que hoy estamos a punto de pasar de la situación de los antiguos *reflejos* de la participación al estado de *poder* consciente, y de dominar intelectualmente las conductas del mundo. Hay que aclarar el combate



Grabado de la *Esfera Celeste* de Erhard Schön, 1515.

contra la involución (que es un período de crisis y en el que estamos plenamente inmersos), pero debemos aclararlo o, al menos, tener signos que permitan pensar que estamos aclarándolo –y sentimos que vamos a poder adquirir los nuevos poderes en que la razón dejará de ser una razón escindida, un simple instrumento lógico-deductivo, y se volverá en lo que Husserl llama la “razón trascendental”, la que nos pondrá en un estado de comunión con el mundo. En ese momento, espíritu y materia serán uno.

Es el problema de la *transfiguración*, el problema de la *comunión* el que caracteriza el

regreso del hombre hacia los antiguos poderes. Hemos perdido los poderes que aún tienen los animales: sus poderes de orientación, sus poderes de premonición...Es evidente, o en todo caso es cierto para mí, que los hombres antiguos lo tenían. ¿Por qué los perdieron? Porque la razón se los borró –es el fenómeno conocido en biología bajo el nombre de *neotenia*. Si parecemos retrasados en este punto respecto de los antiguos, respecto de los animales, no lo fue sino para conocer un ascenso más elevado. Es cierto, por ejemplo, que el feto o el bebé del chimpancé se parece, en cuanto a su potencialidad física, al lactante

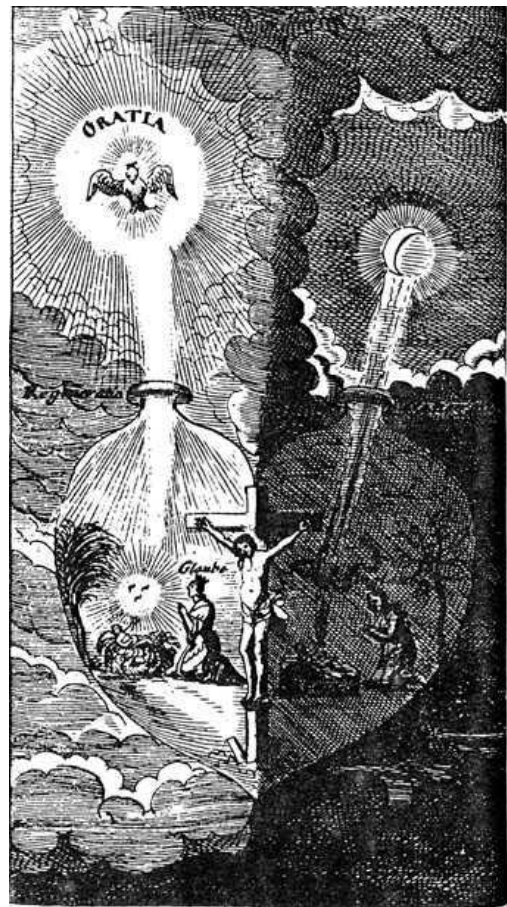
o al feto humano –pero este retraso que podríamos llamar neoténico, es la garantía de un ascenso más elevado. De allí partimos para ir más lejos; solamente nos toma más tiempo. Asumimos este retraso y somos recompensados con un desarrollo superior.

En materia de ciencia trascendental, las palabras retraso y adelanto difícilmente poseen algún sentido; eso lo veremos más tarde. Así, numerosos signos nos demuestran hoy día que nos alejamos del dominio de la razón escindida, de la razón analítica, para una reintegración en el sentido de la razón trascendental. Intentaré enumerar en su momento este conjunto de signos. Y esto va a estar acompañado indudablemente de un desvelamiento de los textos sagrados, de un desocultamiento de la Tradición. Se trata de saber cómo esta Tradición se mantuvo subterráneamente en el curso de nuestra historia de veinticinco siglos, y eso es en lo que estamos plenamente. No carece de interés ver la genealogía de Occidente bajo este ángulo, la emergencia progresiva de la historia santa, de la historia secreta. Me gustaría decir, en esta primera parte, lo que en efecto ha sido, desde este punto de vista, la genealogía de Occidente. Les pido que tengan en mente la distinción que hago entre mística y conocimiento, entre mística y gnosis: la mística es la fe, la gnosis es el conocimiento. Esta distinción es clásica, pero es cada vez más importante tenerla presente en nuestra mente hoy que estamos invadidos por un montón de técnicas –que tienen su valor, porque además todo es positivo; para mí, no hay nada que sea negativamente puro, repito–; decía, entonces, que estamos invadidos por un montón de técnicas de adormecimiento de la racionalidad occidental. Así, frente a la racionalidad, nosotros los occidentales tenemos incluso el deber de no generar complejos de inferioridad. Al indagar hoy en todas las técnicas orientales de adormecimiento de la inteligencia o de la razón, nos queremos instalar –nosotros, los occidentales– en una especie de complejo de inferioridad o de culpabilidad en nombre de nuestros triunfos históricos en el plano del poder. ¡Hay que rechazar enfáticamente dejarnos arrollar por este proceso! Pues, de hecho, también nosotros tenemos nuestras técnicas para hacerlas presentes: son las técnicas de la gnosis, no las técnicas de la mística; y aún más necesario es

hacer evidente que somos capaces de demostrar que estamos en posesión de estas técnicas y *mostrar* que valen. Y, precisamente, el tema de mi exposición es la búsqueda de dichas técnicas, la búsqueda de estos modos operativos que hoy se nos imponen a los occidentales conscientes y organizados sobre lo que somos y lo que debemos ser.

Habrà, pues, dos partes en mi exposición. Primeramente, la genealogía de Occidente en tanto profanación en relación con la Tradición e, incluso, la emergencia progresiva de nuevo de la Tradición; y, en segundo lugar, la revolución epistemológica, la revolución trascendental del siglo XX, su estado actual y sus perspectivas.

Genealogía del Occidente. En mi búsqueda hacia la Estructura Absoluta, comencé por estudiar el *Génesis* de manera sistemática y me dije: cualquier génesis, sea la de un individuo, un pueblo o una civilización, pasa por cuatro etapas: *concepción*, *nacimiento*, y después *bautismo* y *comunión*. Se me ha reprochado el empleo de las palabras “bautismo” y “comunión” en un sentido que no corresponde al sentido estricto que el cristianismo da a estas palabras que designan los sacramentos; pero tenemos el derecho de emplear ciertas palabras y diría, incluso, de ampliarlas, de conferirles un sentido más vasto, a condición de definir las bien. He dicho que hay que saber



Nacimiento, crucifixión, muerte y resurrección con la gracia del Espíritu Santo, grabado alquímico del *Corazón Místico*, obra del siglo XVII de Paul Kaym.

lo que son estos sacramentos, bautismo y comunión, en la acepción cristiana –y ver si no ocultan un sentido ontológico, de cualquier forma más extenso, que el sentido propiamente religioso. La concepción –entendemos lo que es– es el

germen, es la constitución del germen invisible en una matriz, en una madre –el germen es invisible al mundo. El nacimiento, al contrario, es la aparición en el mundo. Cuando algo nace, cuando una civilización nace, o cuando un hombre, un bebé, un ser, nace, no es consciente de sí, aparece como objeto, en un mundo más o menos indistinto.

¿Qué es el bautismo desde el punto de vista ontológico? En el bautismo el ser toma, por vez primera, conciencia de sí, –él “se” ve. El ya veía el mundo que había a su alrededor desde su nacimiento, pero por primera vez él “se” ve. Aparece ante sí mismo como *sujeto* en un mundo de *objetos*. Y poco a poco, el mundo se revela en torno a él distinto en todas sus partes. La *comuni3n* es un nuevo sacramento de esta génesis, de este despuntar de la conciencia, en la que el individuo siempre aparece como *sujeto*, pero en esta ocasi3n en un mundo de *sujetos*. Es el nacimiento de la intersubjetividad –he aqu3 una definici3n ontol3gica sencilla que les propongo y que permite, al menos, no clasificar m3s los eventos. Desde este punto de vista, la concepci3n del Occidente tiene lugar en el per3odo que va del siglo VI al siglo IV antes de Cristo, antes de la era cristiana*, que es un per3odo digno de consideraci3n en el mundo entero, puesto que vio el nacimiento, la adquisici3n, de un car3cter claro del mundo griego con Tales y Pit3goras, con los presocr3ticos, y despu3s con Plat3n y Arist3teles un poco m3s tarde.

Entre los jud3os fue el cautiverio de Babilonia. Esto significaba que mientras los jud3os estaban cautivos en Babilonia en el a3o 586 a. de C., Tales –primer gran ge3metra griego– predec3a un eclipse, y lo predec3a con medios puramente matem3ticos. Es igualmente la 3poca de Zoroastro, en Ir3n, y –no se puede olvidar– fue la 3poca de Buda en la India. Todo ello en el siglo VI, 3poca importante en la historia de la humanidad y para el Occidente –nacimiento del germen del Occidente, concepci3n del Occidente en la medida en que el germen jud3o hab3a entrado a la matriz griega. En este momento, de una forma ciertamente invisible, exist3an dos civilizaciones, la jud3a y la griega, que comienzan a perfilarse claramente y que se van a conjuntar en la era cristiana, que ser3 el nacimiento del Occidente. Noten, adem3s, que hay una inversi3n de

estas dos civilizaciones. El Occidente, salido del mundo griego, es expansivo, es imperialista, es conquistador. Se explica en términos de conquista; el mundo judío se explica en términos de exilio. Occidente se explica en términos de expansión, de organización, de extensión, de colonización. El mundo judío se explica por la Diáspora: por la dispersión. Va a haber, hasta la Revolución francesa, una inversión completa entre estas dos historias, como si no estuvieran comunicadas, y sin embargo Dios sí sabe si están asociadas.

Bautismo, Renacimiento. Nacimiento, propiamente hablando, de la era cristiana. El nacimiento se extiende dos o tres siglos, hasta el Edicto de Constantino, el Edicto de Milán en el 313, cuando el imperio romano se vuelve cristiano oficialmente. El bautismo señala el Renacimiento –la palabra es perfectamente explícita, re-nacimiento. Y el año clave no es, como se dice, 1453, que es una fecha negativa en el sentido en que marca límites al este del Occidente, pues es la ocupación definitiva de Constantinopla por los turcos; mucho más significativo es el año 1492, que señala el inicio de las grandes expediciones oceánicas. Ustedes, los portugueses, jugaron un papel considerable, como ya lo saben: es el descubrimiento de América por Cristóbal Colón y es, a la vez –y esto es capital pues las dos historias se encuentran asociadas–, la gran expulsión de los judíos de España, seguida inmediatamente después por su expulsión de Francia y Portugal.

Por lo que toca a la **Comunión** son la Guerra de Independencia estadounidense y la Revolución francesa de 1789 las que, desde el punto de vista ontológico, declaran universalizados los valores occidentales. Por vez primera, los valores de justicia y de libertad –ya sean religiosos o políticos– proclamados por la Guerra de Independencia estadounidense y por la Revolución francesa del '89 se encuentran en estado de comunión y parten a la conquista del mundo. Y al mismo tiempo, en la historia judía, es el reconocimiento inmediato y por primera vez, tanto en América como en Francia, de la ciudadanía a los judíos, lo que marca teóricamente el fin de las persecuciones en su contra.

Si se toman, etapa por etapa, estas cuatro fases de la genealogía de Occidente, surge tal cúmulo de observaciones completamente relevantes que no tengo tiempo de hacerlas ante ustedes, pues no es un curso de historia el que tengo la intención de impartirles. Me voy a detener y voy a mantenerme concentrado, limitado, a la presencia de la Tradición. Esta Tradición que, querámoslo o no, es esencialmente judía.

Sé bien que actualmente se discute, entre eruditos, sobre el valor comparativo – desde el punto de vista sagrado– del alfabeto griego

י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א
Yod (Y)	Tet (T)	Chet (Ch)	Zayin (Z)	Vav (V)	He (H)	Dalet (D)	Gimel (G)	Bet (B/V)	Alef (silent)
ע	ס	נ	נ	מ	מ	ל	ך	כ	
Ayin (silent)	Samech (S)	Nun (N)	Nun (N)	Mem (M)	Mem (M)	Lamed (L)	Khaf (Kh)	Kaf (K/Kh)	
ת	ש	ר	ק	ץ	צ	ף	פ		
Tav (T)	Shin (Sh/S)	Resh (R)	Qof (Q)	Tsadeh (Ts)	Tsadeh (Ts)	Feh (F)	Peh (P/F)		

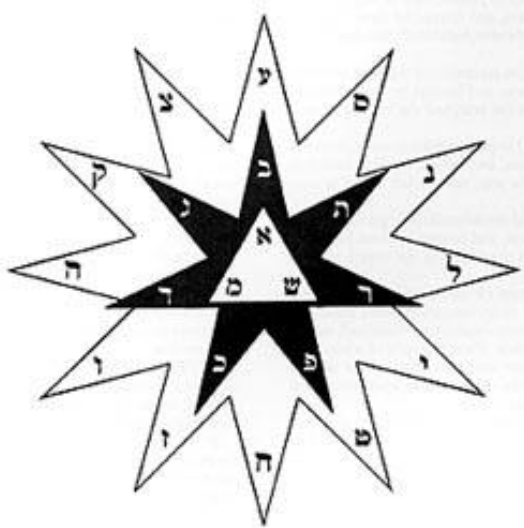
El alfabeto hebreo

y del alfabeto hebreo. A propósito de esto, mi convicción es profunda, por muchas razones, aunque no tengo el tiempo de desarrollar ante ustedes los detalles técnicos. Creo que el cautiverio de Babilona es el momento en que nació no el profetismo judío sino cuando cobró forma su tradición en el Antiguo Testamento; es el momento en el que nace el hebreo cuadrado, es decir, la forma definitiva de escribir el hebreo que nos ha llegado sin modificación alguna después de dos mil quinientos años; es además cuando Esdras, el profeta, un jefe de la casta sacerdotal, pronuncia la prohibición del matrimonio mixto y confina a las mujeres extranjeras a las puertas. Es, en consecuencia, el momento en que el pueblo judío tomó conciencia de su autonomía. Es verdaderamente el *hombre* en el matrimonio el que provocó la filiación occidental, mientras que en el mundo griego fue más bien la *mujer*.

Desde este punto de vista, el hebreo, la tradición hebraica (aunque con un origen común con la griega, pues es egipcia, como la tradición de Pitágoras: Platón encontró indicaciones esotéricas en los textos de Solón, y éste los tomó asimismo de los templos egipcios de Saïs), la tradición judía (tradición oral,

todavía no era tradición escrita) me parece infinitamente superior, en su valor sagrado, a la escritura griega. Inmediatamente después nació la Cábala.

Hay tres cábalas: la cábala fonética, la más antigua quizás, y que le da



Las 22 letras del alfabeto hebreo en clave mágica.

importancia a cómo se profieren los sonidos. El nombre “Yahvé” (YHVH) al ser impronunciable, salvo por el “santo de santos”, tenía una acción mágica extraordinaria: tiene el principio de los *mantras* hindúes. En la cábala gráfica, la forma de las letras tiene igualmente una influencia mágica –y encontramos aquí todo lo que hoy concierne a las ondas formales y a la radiestesia. En cuanto a la cábala numérica, ésta se abría a técnicas extremadamente precisas conservadas en secreto por los rabinos, así como a las

instrucciones dadas a los candidatos al sacerdocio judío: es lo que se llama *gematría*, que descansa esencialmente en el hecho de que las letras judías son números. Esto es fundamental: no hay números en hebreo, sólo hay letras (cuando cuentan en hebreo, están obligados a emplear las veintidós letras a las que se les da un valor numérico convencional). Considerando que el valor de una palabra resultaba de la adición de los valores de sus letras, la *gematría* permitía establecer relaciones aritméticas que en realidad eran relaciones metafísicas, relaciones *ontológicas* e, incluso, relaciones *proféticas*. Cuando ustedes leen los textos de los que les voy a hablar, no pueden dejar de sentirse sobrecogidos por el hecho de que se siente la presencia energética universal. O de otra manera, que todo lo que la ciencia moderna busca hoy día (todos los problemas que se plantea desde el punto de vista energético –especialmente la geometrización del espacio, que tiene las huellas del genio de Einstein) ya se encuentra en la cábala hebraica cultivada en los templos desde el cautiverio de Babilonia. En ese momento, era una tradición puramente oral. Durante ese

tiempo, los griegos mismos hicieron la geometría, la aritmética profana –de manera brillante por lo demás, pues de allí nació nuestra ciencia. Pero la ciencia griega y la filosofía judía se encuentran invertidas una respecto de la otra, así como el monoteísmo judío respecto del politeísmo griego, y como los valores individuales de libertad y de justicia de los judíos, opuestos a los valores cósmicos de los griegos –la necesidad por la libertad en los judíos, la necesidad cósmica en los griegos.

Podrían establecerse paralelismos extremadamente sorprendentes entre ambas civilizaciones. Ése no es mi tema. ¿Conservaron los judíos intacta esta tradición? ¿Sí o no? Ellos están divididos. Cualquier sociedad se divide –pues de la religión del conocimiento, se pasa al plano del poder. Sin embargo, la casta sacerdotal judía, compuesta esencialmente por saduceos y fariseos, rápidamente se opuso a la casta de los esenios – pero eso la historia no lo dice, o en todo caso



Círculo cabalístico formado con el árbol sefirótico.

faltan documentos para comprobarlo. Existían los hombres de conocimiento, los esenios, y la gente del pueblo, o más bien de religión, pues todo el pueblo era siervo desde el cautiverio de Babilonia (cuando no lo eran por los asirios, lo fueron por los griegos, y después de ellos por los romanos y los egipcios, etcétera; los asirios volvieron otra vez a hacerlos). Pero la religión era libre; con ello quiero decir que la casta sacerdotal tenía cierto poder autónomo sobre la religión de los judíos, quienes se congregaban alrededor de su religión más que en torno a su estatuto político. Los esenios guardaron la Tradición; los fariseos y los saduceos, ciertamente, no. De hecho, cuando Jesús apareció, era un esenio quien aparecía. Entiéndase bien: era el hijo de un carpintero, de acuerdo, pero eso era simbólico. Claro, Jesús, no era solamente un niño ingenuo, provisto únicamente de su intuición; fue efectivamente un hombre que poseía un conocimiento profundo, como los esenios.

Todo eso no lo sabemos sino hasta hoy. Porque surgieron documentos y aparecen precisamente ahora. El Evangelio de Tomás –que es el documento gnóstico por excelencia– salió a la luz en el siglo XX, después de 1945. El Evangelio de Tomás se encontró escrito en copto –una treintena de páginas extraordinarias que muestran una potencia filosófica y metafísica que supera de lejos todo lo que se puede encontrar en los evangelios sinópticos. Fue necesario esperar hasta 1948 para que nuestra época conociera este Evangelio; y es aterrador. La exégesis del Evangelio de Tomás es una de las más enriquecedoras que, desde el punto de vista filosófico, podríamos tener. Pero los saduceos y los filisteos se pelearon, y cuando Jesús llegó, ¿cuales fueron las palabras más profundas que dijo? Hubo dos frases profundas (las más importantes, por mucho, de todo el Nuevo Testamento): “Mi reino no es de este mundo” les dijo a los saduceos y los fariseos que tenían una desafortunada tendencia a confundir el conocimiento y el poder. Y añadió –y es el reproche fundamental que les hacía–: “Ustedes han perdido la llave del conocimiento”; ése era el pecado contra el espíritu. Y, finalmente, por eso es que lo mataron.

No se trató de un deicidio banal; no quiero abonar el antisemitismo, en sentido banal, al decir: “Los judíos mataron a Jesús y, en consecuencia, merecen, a su vez, ser muertos”. ¡Esa es una polémica de baja estofa! En la historia invisible eso no sucede así. Pero el sacrificio de sangre indudablemente tiene sus consecuencias. El cristianismo nace a partir de este momento. Paso por alto los detalles del cristianismo, así como el genial atisbo de San Pablo en oposición a los gnósticos –pues San Pablo mismo se opuso también a las tendencias gnósticas, más o menos subterráneas. Cuando debía hacer una iglesia material, una iglesia dominante, él la hizo en contra de los gnósticos. El hecho es que los textos gnósticos justamente se multiplicaron –los textos que nos llegaron son muy incompletos y no permiten formarnos una idea, mucho menos el propio Evangelio de Tomás que apenas nos llegó hace unos cuarenta años.

En la medida en que los textos gnósticos se exteriorizaron, se volvieron heréticos respecto de la religión dominante y, desde el punto de vista social, eso fue una catástrofe que culminó con la Edad Media en Francia, durante la guerra

de los albigenses, en la que millones de hombres fueron exterminados por la Iglesia católica. Y, debo decirlo, la Iglesia católica tenía una razón aparente para hacerlo; ella representaba el orden. Una corriente que, en la medida en que se había exteriorizado, se volvió una religión democrática, una religión popular, se volvió asocial, es decir, combatió a las instituciones políticas y, por lo tanto, al poder establecido. Si bien la gnosis albigense se mantuvo pura –en el espíritu de algunos sacerdotes, sobre quienes no hay casi ningún dato, casi ningún documento– se volvió impura cuando sirvió de coartada a los señores de Languedoc y al pueblo de Languedoc para robar los monasterios y establecer una vida licenciosa, una subversión social absoluta, completa. Y no sermoneo, no busco establecer jerarquías de valor, simplemente quiero decir que, en la historia de Occidente, en esta época, las exteriorizaciones de la gnosis fueron indudablemente prematuras y, en consecuencia, profanas.

Al mismo tiempo, en el mundo judío –pues ambas historias son paralelas aunque inversas– se producía también una exteriorización. Entre los siglos III y VI apareció un documento escrito –el *Séfer Yetzirah*, *El Libro de la Formación*, uno de los dos grandes libros de la Cábala; veinte páginas, no más, de una densidad extraordinaria. No hay una palabra de más, ni tampoco una que falte, pero con un estilo absolutamente incomprensible. Hay que tener una llave; no hay que contentarnos con hacer la crítica externa del texto. Si no tenemos la llave para abrirlo, es como si no hubiera nada. Entonces, ¿qué hay detrás de un juicio (un señor X...profesor de la Universidad de Jerusalén, no puede evitarlo, cuando habla con un estilo pontifical y dogmático) cuando no se sabe de lo que se habla? Algunas palabras, como “belima”, X... las traduce clásicamente. “Belima”, cuando se relaciona a la interpretación rabínica, quiere decir “esfera” –es la organización de las veintidós letras hebraicas sobre una estructura esférica. Si no se tiene la llave, se traducirá “esfera” por “cráneo”, por ejemplo, lo que no quiere decir nada. Pero se descubre un sentido profundo a condición de acceder a una crítica interna, es decir, a la traducción metafísica. Así pues, entre los siglos III y VI aparece el *Séfer Yetzirah*. Texto extraordinario de veinte páginas ante las cuales la exégesis afila sus dientes. Y en el siglo XIII en España, a su vez,

aparece el segundo de los dos grandes libros de la Cábala –sólo hay dos; se llama el *Séfer Zohar, El Libro del Esplendor*; éste tiene tres mil páginas. Un libro muy extenso, mucho muy largo incluso. Un libro muy grande, lleno de repeticiones, alegorías, extrapolaciones y reiteraciones, pero de una potencia de locura y sobre la cual, bien a bien, las gnosis –después de setecientos a ochocientos años– se han acumulado y no representan rigurosamente, según yo, ninguna clase de interés. Su momento no había llegado.

Es fuerte decir esto. Pero entendamos, corro el riesgo de tomar partido violentamente por cierto número de cabalistas, e incluso casi la totalidad de los cabalistas tradicionales. Por el contrario, los hombres de ciencia hoy son perfectamente concientes de la verdad de las cosas. Es asombroso comprobar que cuando quise hacer un tímido ensayo, una tímida incursión en estos temas –hace ya casi treinta años con *La Biblia, documento cifrado*– nadie de las sinagogas quiso aceptar que yo pudiera proponer una clave diferente a las antiguas claves, so pretexto de que yo profanaba y era un herético.

Al contrario, todos los matemáticos, todos los físicos modernos que están comprometidos en estos estudios y que se han interesado en ellos, vieron inmediatamente una verdad cierta, indiscutible, a tal punto que mi libro (los estudios, la clave que propongo) se volvió tan anónimo que hoy ya no soy su autor. Se toma dicha clave como si hubiera llegado por sí misma, y eso me pone feliz.

Pero entonces esta publicación –o esta semi-publicación, pues una vez estos textos estaban velados– mostró la marcha en el camino de la involución (no la evolución, sino la involución) de la conciencia. Fue una semi-profanación esta manera de ponerla a disposición del público. Y además, el rabino que era autor de ese texto, Moisés de León y que radicaba en España, estaba lleno de reticencias, de ambigüedades en relación a sí mismo. Hay frases como ésta (que toma evidentemente de declaraciones, de revelaciones de diferentes rabinos de la época arqueológica, de la época heroica del hebraísmo): “El rabí Simeón se puso a llorar diciendo, ‘desdichado de mí si revelo estos misterios, y desdichado de mí si no los revelo’ ”. He allí una situación ambivalente en la cual se encuentra el

esoterismo, la Tradición primordial, desde siempre. Solamente a su vera encontramos frases infinitamente más directas, como por ejemplo ésta: “Al aproximarse la época mesiánica, cuando el Santo-bendito-cual-fuera se prepara para destruir a los culpables de Roma por siempre [este es un incidente histórico a causa de las persecuciones], los niños pequeños incluso conocieron los secretos de la sabiduría. Sabrán lo que va a llegar con el fin de los tiempos gracias a los cálculos”. Son frases que se encuentran textualmente en el Zohar.

El Bautismo de Occidente tuvo lugar cuando Occidente se quiso volver autónomo. Vio entonces un estadio nuevo de civilización, autónomo, tomando conciencia de su destino, queriendo asumirse a sí mismo. Tal fue el Renacimiento, y esa fue también la época clásica que marcó el nacimiento de la época científica, de la ciencia experimental. Pues la ciencia de los griegos no es una ciencia experimental, es una ciencia de observación, mientras que a partir de Galileo, de Descartes, de Newton, la ciencia se dio a la tarea de adueñarse de la naturaleza, de experimentar con la naturaleza para esclavizarla; de allí las grandes navegaciones. El problema de ese momento no era buscar la verdad sino encontrar la eficacia, la utilidad de la ciencia. O de otra manera, diremos que se reemplazan los valores de verdad por los valores de eficacia. Esto tuvo, desde el punto de vista epistemológico, desde el punto de vista del valor de la ciencia o de las ciencias, consecuencias considerables. Notemos además que hombres como Galileo, Descartes o Newton estaban llenos de buenas intenciones –creían todavía en la globalidad, en la interdependencia universal. Newton, por ejemplo, era astrólogo, era alquimista –70% de los escritos de Newton están consagrados a problemas esotéricos, ¡y de eso no se sabe mucho!– y descubrió al mismo tiempo la gravitación universal.

Tycho Brahe, Kepler, Cristóbal Colón hacen lo mismo. Tycho Brahe y Kepler, es decir, dos de los más grandes fundadores de la astronomía moderna, y Galileo, eran astrólogos a la vez. ¡Esto es sorprendente! A finales del siglo XVIII, el astrónomo inglés que se llamaba Halley –descubridor del cometa que lleva su nombre– un racionalista *avant la lettre*, y que no quería a las ciencias pretendidamente ocultas, las “falsas ciencias”, atacó a la astrología enfrente de

Newton; Newton montó violentamente en cólera y le dijo a Halley: “Señor, usted habla de cosas que no conoce –si ocupo mucho tiempo en esto es porque yo he estudiado estos asuntos que usted no ha estudiado”. Y agregó: “¡Así que cálese!”

Esto era tan preciso como categórico. Y, claro, ésta, en efecto, es la única respuesta que se le puede dar a quien critica las cosas sin haberlas estudiado. Pero desde el punto de vista científico, desde el punto de vista de la investigación de la verdad, desde el punto de vista del conocimiento, no iba a minar la integridad de la verdad. ¿Por qué? Porque para ser eficaz se está obligado a aislar los fenómenos –y todo el problema, toda la clave de las ciencias modernas viene de la noción que Descartes, y todos lo que le sucedieron, se hicieron del “fenómeno”. Fenómeno independiente, fenómeno aislable que, en consecuencia, se podía repetir en el laboratorio, que se podía medir y que, por lo tanto, no tomaban en cuenta las variables que no se podían cuantificar y cuyo número se podía transformar. Es lo que llamo la *ilusión de los sistemas cerrados*.

Es cierto que un fenómeno tal y como lo concibe la ciencia clásica de los siglos XVII y XVIII, e incluso el siglo XIX, es un fenómeno que contiene un cierto número de variables. Tomemos como ejemplo el disparo de un cañón. Cuando disparan un cañón, las tablas de tiro toman en cuenta la inclinación del cañón, la carga del explosivo y, de rigor, la fuerza del viento y la temperatura del aire (esto solamente para los cañones de la marina). Pero no toman en cuenta un cúmulo de variables que no se pueden medir: la atracción de la Luna, por ejemplo, la atracción terrestre por supuesto, y la atracción de la Luna sobre el obús, ¡ninguna de ellas se toma en cuenta! Al ser magnitudes infinitamente pequeñas se les elimina. ¿El resultado? El tiro del cañón jamás es exacto. Se pierde en una zona que se llama “el tenedor”, la zona de dispersión. Evidentemente también hay cálculos de probabilidad. Para llegar al objetivo se dice: más cerca, bien, antes hay que hacer veinticinco tiros de cañón alrededor del objetivo –de esos veinticinco, habrá uno que dará en el blanco. No se puede predecir cuál.

Allí hay una simple probabilidad; eso no es la *verdad*, sino la *eficacia*. Se hace *como* si ciertas verdades no existieran. Sin embargo, desde el punto de vista

del conocimiento algunas veces son tan desconocidas, tan infinitesimales, que son las más importantes. Los astrólogos, asombrosamente, lo saben bien. Y toda la crítica, todos los fundamentos de las ciencias experimentales se han debilitado y se han resquebrajado en la medida en que en algunos fenómenos no se podían tomar en cuenta cantidades infinitamente pequeñas. En especial los fenómenos de la física nuclear en donde se utiliza como herramienta de observación el grano de luz: al ser el grano de luz de la misma forma (más bien de la misma fuerza, de la misma fuerza cuantificada) que la de los fenómenos observados, los altera: en ese momento ya no hay observación posible. O, al menos, la observación está sometida a límites que no se pueden evaluar –y a los que simplemente no se les puede hacer una estadística. Toda la crisis de las ciencias modernas proviene de esta ilusión, de la creencia de que un fenómeno puede ser considerado como independiente, como aislable. Sin embargo, hombres como Newton, que creían en la gravitación universal y, consecuentemente, en la interdependencia universal en el plano físico, no dieron el salto –lo que hoy hacemos nosotros al decir que lo que es verdad en el plano físico es igualmente verdadero en el plano de los sentimientos y de las pasiones, y también es verdadero en el plano de los pensamientos.

Yo elevo la mano, extendiendo el brazo –y así modifico ligeramente la gravitación universal. ¿Por qué? Desplazo levemente el centro de gravedad de la tierra. Y, en consecuencia, todo se mueve. Yo lo desplazo mucho muy poco, claro, no es mensurable y no cuenta para el inmenso equilibrio del universo: pero con pleno rigor, lo desplazo, cambio el equilibrio del universo. Y lo que es verdad para este movimiento físico también es verdad para el menor de mis sentimientos, para el menor de mis pensamientos. Y diría más incluso: estos sentimientos y estos pensamientos, si soy un verdadero gnóstico, no los siento saliendo originariamente de mí, sé que están inscritos desde siempre en la trama indefinida del mundo. Hay una suerte de eterno presente en el cual es necesario que yo me introduzca.

Es esta interdependencia universal la que siempre ha sido el fundamento del esoterismo, de la Tradición primordial. Es menester que yo penetre en esta interdependencia universal y, una vez allí, es necesario encontrar los instrumentos intelectuales. Sin embargo, la ciencia clásica me los rehúsa o, más exactamente, ¡me los prohíbe! Como Kant, en el siglo XVIII, le daba valor de prueba a este postulado: “No se puede razonar sobre el Todo”. Eso fue



La masacre de los inocentes, de las ilustraciones de Abraham el Judío de Nicolás Flamel.

considerado definitivo; era utópico pretender razonar sobre el Todo. El Todo, o el mundo entero en tanto unidad esencial, no se deja aprehender por la razón –es, más o menos, una de las frases de Kant. Y toda la revolución epistemológica del siglo XX consistirá, precisamente, en encontrar los instrumentos conceptuales, los instrumentos intelectuales que nos van a permitir razonar sobre el Todo. Es así de simple; pero al mismo tiempo es complicado. Esa es, a grandes rasgos, la crisis de las ciencias clásicas y que domina todo.

Del lado de los judíos –pues una vez más hay que seguir vías paralelas– ¿qué hizo la exteriorización de la Cábala, de la que he hablado, en la Edad Media (período de nacimiento y no todavía de bautismo)? En el período bautismal, que es el período del Renacimiento, se produce algo que es asombroso (y no soy yo quien lo dice, sino los mismos críticos judíos): el hecho de que la Cábala se haya vuelto popular y que haya dejado de ser esotérica, provocó una extraordinaria profusión religiosa, pesimista a la vez; por parte de los judíos; se desencadenó una especie de pasión religiosa

por las catástrofes. La expulsión de 1492 también fue considerada dramática, y quizás más importante todavía que la destrucción del Templo y la Diáspora que le había seguido. En ese momento veremos aparecer nuevas cábalas, nuevas interpretaciones de la Cábala –cuando Dios mismo estaba en el exilio. El exilio se volvió una especie de noción a la vez pesimista y profética –así como escatológica, ontológica y esencial también– del destino del pueblo judío. Hubo herejías, entre otras la herejía *sabatianista* en el siglo XVIII, que desarrolló tendencias nihilistas y anarquistas contenidas implícitamente en una nueva cábala del siglo XVI, la cábala de Louriat, que anuncia a los grandes profetas del siglo XIX –en la medida en que también se volvieron apocalípticos. Marx, en particular, es el heredero –podríamos decir directo en cuanto a su genio mesiánico o apocalíptico– de la gran “noche de las catástrofes finales del capitalismo”. Es heredero directo de los antecedentes cabalísticos, de las interpretaciones cabalísticas de los siglos XVI y XVII que desarrollaron las tendencias nihilistas y anarquistas contenidas de manera implícita en esta interpretación de la Cábala.

Durante todo el siglo XIX esta evolución se acentuó por el sentido del éxito de la ciencia, y a la vez por la llegada del Apocalipsis en cuanto al pensamiento marxista. Es cierto que hombres como Marx, Freud y Nietzsche, que son considerados los grandes pensadores del siglo XIX –a quienes se denomina la *intelligentsia*, sea en el plano político como en el plano filosófico de hoy día en Europa– pertenecen al rostro sombrío de la evolución, a la faz de la involución.

Los grandes pensadores, los dos grandes patrones, los dos grandes maestros de la revolución epistemológica del siglo XX son también dos judíos –es más, dos judíos alemanes: Husserl y Einstein. Y encuentro extremadamente significativo y simbólico que, en el momento en que los judíos, por el derecho de ciudadanía que adquirieron en la Revolución, fueron reintegrados a la civilización occidental, la civilización occidental y la civilización judía se funden: dejan de ser inversa una respecto de la otra y se encuentran fundidas en un solo bloque. Encuentro profundamente significativo, sobre el plano de la historia invisible, trascendental, que Husserl y Einstein hayan sido los

reveladores de la revolución epistemológica del siglo XX. No fueron Marx ni Freud, ni desde luego tampoco Nietzsche –Nietzsche tenía lados geniales, claro, pero constantemente era un hombre de iluminaciones parciales y contradictorias; Nietzsche sirvió de motor a las doctrinas más opuestas –tanto al nazismo de tiempos de Hitler como a los izquierdistas actuales– y a quien indudablemente todos, más o menos, hacen referencia. (Hablo de aquellos que forman parte de la *intelligentsia*, no simplemente de los militantes –de pensadores, de intelectuales.) Los grandes innovadores, los grandes revolucionarios, son Husserl y Einstein. Husserl es alguien a quien no se le ha hecho mucha justicia; hoy se ha difuminado detrás de Heidegger, quien fue su infiel discípulo hacia 1933. Pero Husserl, según yo, es infinitamente más importante que Heidegger –al margen, Heidegger es un místico, es un poeta. Husserl supera a Heidegger por cien codos –de acuerdo conmigo, claro– como filósofo.

Al fundar la fenomenología trascendental, Husserl dio un sentido al siglo XIX pues, de hecho, el “Yo” trascendental de Husserl es algo extremadamente tradicional. Es un asombroso retorno al origen, es una referencia a la Tradición, incluso aunque Husserl no lo haya hecho explícitamente –pues no hay diferencia entre el “Yo” trascendental de Husserl o su “*Nous*” trascendental, y el hombre interior de San Pablo o el “Sí” de los vedantistas en la India; es la misma cosa. Desde inicios del siglo XX los signos se acumulan (y paso de largo, evidentemente, sobre todo lo que se produjo anteriormente; dicho esto, habría que estudiar la dialéctica de toda esta comunión, este período *comunional* de Occidente, desde 1689, con las crisis de 1700, la crisis inicial de 1789, después la de 1848, todas las revoluciones de Europa e, inmediatamente después, el período de los totalitarismos a partir de 1930. Este período está marcado –lo señalo incidentalmente– por la aparición de nuevos planetas: Urano apareció en el momento de la Revolución francesa, Neptuno en el momento de la Revolución



San Cristóbal o el Mercurio Campestre,
tela de Louis Cattiaux (colección privada,
España, 1947).

de 1848, Plutón en el momento de los totalitarismos hitleriano y staliniano. Allí hay una dialéctica que podríamos desarrollar de una manera extremadamente precisa, pero no tengo tiempo para hacerlo). Lo repito: los signos se acumulan desde los inicios del siglo XX. Y no hablo simplemente de la cantidad considerable de documentos que sobre símbolos, sobre mitos, se han estudiado. Esa es una crítica relativamente externa, allí tampoco es todavía una crítica interna. Es cuando aparece, lo repito, el Evangelio de Tomás. Y están, en fin, los trabajos de Jung, de Mircea Eliade, de Corbin, de Evola en Italia –todos ellos trabajos extraordinarios, tronco de notable erudición. Documentos que deben ser explicitados, porque todavía no aparece la crítica interna, y apenas comienzan a adquirir contornos precisos hoy. ¿Por qué? Porque empezamos a disponer de los



Hermafrodita con águila, ilustración de un manuscrito del siglo XVI, *Aurora Consurgens*; el texto original es atribuido a Santo Tomás de Aquino.

primeros rudimentos –son los sabios matemáticos o físicos, después de la gnosis de Princeton, quienes nos los han proporcionado.

Però la gnosis de Princeton está constituida esencialmente por físicos que carecen de cultura metafísica, que no tienen preocupaciones metafísicas, y podríamos decir que su experiencia es todavía extremadamente confusa. Se apegan a hechos precisos como, por ejemplo, las contradicciones, las paradojas de la mecánica cuántica donde, entre otras paradojas célebres, está la paradoja de Einstein, Podolsky y Rosen que –esto es sorprendente– echa por tierra toda la física cartesiana. Una partícula sufre un choque y estalla en dos partículas; las dos partículas se separan a la velocidad de la luz (simplifico

mucho al decirlo así). Ustedes actúan sobre una –a través de los medios de la

física nuclear actual, de la física cuántica— y constatarán con estupefacción que, al actuar aisladamente sobre una de las dos semi-partículas, la otra (que tomó considerable distancia, y que ya ha recorrido 300 000 Km. por segundo) sufre el mismo efecto, aunque no hayan actuado sobre ella. Así, de hecho, no había dos partículas, sólo había una. El mundo deja de aparecer como un conjunto de cosas aislables, como una máquina con engranajes, y aparece como un inmenso cerebro en el que todo es solidario, en el que el tiempo es reversible. Hoy día, los mejores físicos hablan de la reversibilidad del tiempo de una forma —¿cómo diría?— ya casi clásica. La obra más grande escrita sobre la física en Francia, quizás desde hace cincuenta años, es una del Padre Olivier Costa Beauregard (quien al mismo tiempo es parapsicólogo) sobre la reversibilidad del tiempo: *El Segundo Principio de la Termodinámica*. Considera que el tiempo es reversible y que, en consecuencia, los fenómenos de clarividencia, de precognición y otros encontrarán probablemente su explicación en los fenómenos de la mecánica cuántica; es casi cuestión de años. La física de los *quantas* va a servir de teoría directriz de lo que hoy sólo es un censo de hechos que todavía no tienen una explicación. Pero la explicación probablemente nacerá a partir de los hechos de la mecánica cuántica.

Todo este conjunto de circunstancias, todo este conjunto de datos, muestra que estamos maduros para el nacimiento de un *nuevo modo de conocimiento*. Y atrás de él, habemos cierto número —no hablo de los que conozco en Francia, ciertamente hay por todos lados, en América, en Alemania y en otras partes— que intentamos poner a punto los elementos, los métodos intelectuales, operacionales, conceptuales que permitan justamente explicitarlo, penetrar en el Todo sin desatinar, sin divagar. “Todo está en el Todo”: eso es muy fácil, claro. Cuando se dice que “Todo está en el Todo” no se explica nada. Sin embargo, hay que *penetrar* en el Todo. Y eso es lo que personalmente propongo con lo que he llamado la Estructura Absoluta.

¿Cómo es que me vino esta idea de la estructura absoluta? Hoy hace ya treinta años —1947-1948; no fue ayer— al leer *El Ser y la Nada* de Sartre, quedé extremadamente sorprendido y en *shock*, pero —apretándome el vientre—

fascinado por la lectura de *El Ser y la Nada*. Este libro produjo sobre mí un efecto de *shock* extraordinario; me opuse a él violentamente. Porque *El Ser y la Nada* es una construcción magnífica; es una construcción de un poder y de un rigor asombrosos a condición de admitir sus premisas, es decir, que “la conciencia es una forma vacía” y que “el momento presente no existe”. Lo que es extraordinario en el libro de Sartre –quien, a partir de estas premisas, de estos postulados, se desenvuelve con magnífico rigor, evidentemente escolástico, sofisticado– es esta negación: “la conciencia es una forma vacía” o bien “el momento presente no existe”. Desde un punto de vista intelectual, es evidente que “el momento presente no existe”. Hablamos sobre el momento presente, que todavía no existe –y, una vez que ha pasado, tampoco existe; entonces, es inaprensible. Para Sartre es una nada, es un vacío. Es un paso en el que nada se produce. Considerando un tipo de experiencia –la más evidente, la más inmediata–, la experiencia de la *intuición*, prueba que se puede bloquear el momento diciendo al momento que pasa: “¡Detente, tú si eres bello!” Se diría que la filosofía se volvió intelectual. No hay una experiencia viva; la filosofía niega, sobre la fe de un razonamiento vacío, la realidad viviente más elemental, la más universal.

Baste pensar en lo que además dice Simone de Beauvoir en su novela *Los mandarines* sobre el orgasmo, el goce sexual, el goce erótico. Lo trata con una suerte de desprecio, lo que prueba que no comprendió nada, o que no sintió nada, lo cual es probable...

Pero que alguna cosa pasa en ese momento es evidente: en ese momento, verdaderamente, el tiempo se detiene, quiérase o no. No es simbólico lo que digo, el tiempo realmente se detiene, adquiere una naturaleza que no tenía en el pasado, que no tendrá en el porvenir. Se acordarán también cuando intenten recomenzar dicho momento.

Quise estudiar la intuición que Sartre evadía como tal, y me dije que había que intentar poner la intuición en estructura (como al mismo tiempo soy matemático, yo también hablo de estructura...). Percibí que las teorías del conocimiento desde hace dos mil quinientos años, desde los griegos, acababan

siempre en un *impasse*, en un callejón sin salida. Ustedes saben lo que es una teoría del conocimiento: es el estudio de las relaciones entre el sujeto y el objeto. Se veía como una dualidad –pero la dualidad es un *impasse*. No hay interacción entre el objeto y el sujeto, no hay una medida común entre ellos, permanecen uno frente a otro. Entonces se inventan teorías que son simples teorías verbales, análisis, síntesis verbales, se inventa el idealismo o el materialismo, o el intelectualismo o, en fin, el empirismo... Son siempre dos teorías las que se confrontan, y los filósofos son maestros en el arte de hacer síntesis verbales entre las dos teorías. Primeramente, la interpretación idealista; en segundo lugar, la interpretación empirista y, en tercer lugar, síntesis verbales de ambas. Es del mismo tipo de lo que se llama la disertación filosófica, próspero género universitario absolutamente inútil. Y es también por eso que la enseñanza de la filosofía hoy ha llegado a los resultados que se ven en las universidades. Al decir esto, se hace evidente un error de base: el objeto y el sujeto no son entidades aislables; allí estamos todavía instalados, una vez más, en la ilusión de los sistemas cerrados, que de hecho son una dualidad. En realidad, hay *cuatro* términos en juego al confrontarse el objeto y el sujeto, y no *dos*. El sujeto es un órgano de los sentidos que aparece en el conjunto del cuerpo; es el órgano de los sentidos y el cuerpo. El objeto es el objeto –y hay todo un mundo detrás de él (si no existiera el fondo del mundo detrás del objeto no lo verían). Hay que hacer entonces una distinción por el sólo hecho de que el objeto se desvela y aparece ante nuestros ojos –lo que sienten detrás de él es que hay mundo. Ustedes *saben* que hay mundo. Entonces es una cuaternidad y no una dualidad. Allí no entro en detalles pues correría el riesgo de sobrepasar el tiempo que se me ha concedido.

Cuando estudien esta cuaternidad, se impone, ya, el simbolismo de la cruz: el objeto, el mundo, el órgano de los sentidos, el cuerpo. Percibirán que se establecen comunicaciones, una doble rotación; doble rotación que inmediatamente crea una especie de ecuador con un sentido, un eje de rotación, un polo arriba y otro abajo; una suerte de esfera. Es lo que llamo la Estructura Absoluta, que no es otra cosa que una esfera con seis polos, simplemente con un

doble poder de rotación sobre el plano horizontal, un hemisferio de abajo que es el de la diversidad, y un hemisferio de lo alto que es el de la unidad.

Desafortunadamente, no tengo el tiempo –he escrito más o menos unas seiscientas páginas sobre lo anterior– de resumir esto en dos minutos. Esta esfera es un modelo invariable, universal, que opera también tanto en el plano de la intuición, de la percepción más elemental, como en el plano de las intuiciones más fuertes (la percepción de los hechos así como la percepción de las esencias), pero que, a la vez, interviene también en el estudio de las situaciones en el dominio que sea: la estructuración de las ciencias, la estructuración de las funciones sociales, o las relaciones de las civilizaciones entre sí (la geopolítica, si ustedes quieren). Una vez que se tiene este instrumento, desde el punto de vista epistemológico se ve que tenemos entre las manos un instrumento del conocimiento. Dense cuenta que no invento absolutamente nada, lo único que hago es redescubrir lo que algunos de mis contemporáneos descubrieron al mismo tiempo que yo. Pues estas cosas están en el aire –en Francia, conozco al menos tres personas que desde hace veinte años trabajan en estas cuestiones y llegan al mismo resultado con diferentes nombres.

Yo llamo a esto la *lógica de la doble contradicción*. El señor comandante Sallantin, que trabaja en el Instituto Superior de Defensa, en Francia, denomina a esto la *trialectica*. De cualquier manera, podría decir que nos oponemos fundamentalmente a la lógica de Hegel, a la dialéctica lineal de Hegel: tesis-antítesis-síntesis. Tenemos una lógica esférica, una lógica plena –no una lógica lineal, una lógica plana.

Y con este instrumento se llega inmediatamente a consecuencias muy sorprendentes: así, cuando se intenta aplicar la Estructura Absoluta a un problema particular, como el problema de la estructura de las funciones sociales, me percaté que llegaba a sesenta y cuatro combinaciones y que, al mismo tiempo, revelaba el *I Ching* de los chinos. Era exactamente el mecanismo del *I Ching* de los antiguos chinos, con sus sesenta y cuatro hexagramas de los que ya les hablé.

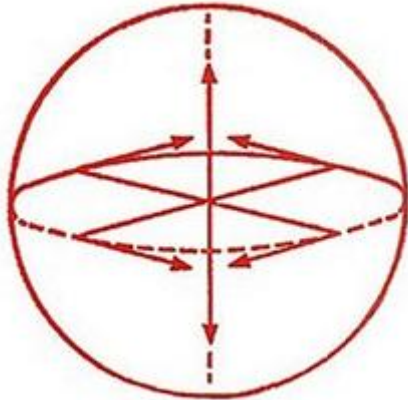
Así, sabemos que el *I Ching* fue considerado por los antiguos chinos durante muchos milenios –tal vez cinco o seis mil años– su Biblia, el instrumento de

gobierno de los emperadores de China y de Mao hoy día. Mao está muerto, pero hace algunos años, cuando Mao escribía sus artículos sobre las contradicciones en el seno del pueblo, no hacía otra cosa –aunque sin hacer referencia– que repetir las enseñanzas del *I Ching*. Él las tenía a flor de piel, no las había formalizado, tampoco las había conceptualizado; no hacía lo que nosotros hacemos aquí en Occidente, que las analizamos y las metemos en modelos operacionales. Pero cuando Mao hablaba de la doble contradicción en el seno del pueblo, hablaba como yo de la doble contradicción pero lo hacía distintamente. Las palabras “doble contradicción” estaban allí, y yo estoy obligado a emplearlas: contradicción principal y contradicción secundaria, contradicción antagonista y contradicción no antagonista. Sin saberlo, hacía maoísmo, pero lo hacía de una manera occidental, es decir, generalizando, conceptualizando, aportando un modelo operacional absolutamente universal.

Lo importante es que esta especie de retorno al origen nos hizo descubrir el profundo sentido del *I Ching*, que nos demuestra que realmente estamos en una suerte de corto circuito donde el tiempo desaparece entre los orígenes y el final. Y, cosa extraordinaria, hay dos ideogramas de los que les hablé al principio –y lo hice a propósito–, el *I Ching* de los antiguos chinos y el *Árbol de los Sefirotes* de la Cábala. Este último es infinitamente más difícil de descifrar, pero se percibe cuando se lee, palabra por palabra, el *Séfer Yetzirah*, (Dios sabe lo difícil que es este texto, lo oculto que es), y si le hacemos una traducción metafísica, se vuelve casi límpido.

Nos percatamos que las veintidós letras hebraicas –es por eso que digo, que afirmo, que supongo, que el alfabeto hebreo es nuestro alfabeto sagrado, que la lengua hebrea es la lengua sagrada de nuestro ciclo civilizacional, y no la lengua griega. Las veintidós letras hebraicas, a partir del *Séfer Yetzirah*, palabra por palabra se organizan de acuerdo con el modelo de la Estructura Absoluta, modelo esférico. Las tres letras madres están sobre el plano ecuatorial, en el hemisferio bajo y en el hemisferio alto. Esto lo digo en mis propios términos, pues cuando yo hablo de hemisferios, ellos dicen lo bajo y lo alto.

Las siete letras dobles son los cuatro polos ecuatoriales, además del polo del cenit, el polo del nadir y el centro; eso hace siete. En cuanto a las doce letras



Modelo básico de la Estructura Absoluta

simples (3 + 7 + 12 suman las 22 letras hebraicas), constituyen los planos meridianos, son los doce cuadrantes de los dos planos meridianos de la doble contradicción, y los cuatro cuadrantes del plano ecuatorial. Si ustedes leen, les repito, palabra por palabra, el *Séfer Yetzirah*, obtendrán de las veintidós letras lo siguiente: hallarán correspondencias *genéticas* entre estas letras. Pongan atención a esta palabra porque desde este punto de vista

ya no puede haber una diferencia escolástica entre la *estructura* y la *génesis*. Esas son invenciones universitarias, las que distinguían entre estructura y génesis, o bien entre estructura y funciones: tales clasificaciones de palabras no significan nada, son puro sofisma. En la realidad, todo eso se hacía en un solo acto vivido – y es por eso que los universitarios no comprenden a Husserl, y es también, por ello, que Husserl se ha vuelto, como ellos dicen, *demodé*. Y es que ellos no lo viven –no se les puede traducir en conceptos, en palabras, de una manera simple, y la enseñanza les impone problemas de pedagogía temibles y casi insolubles.

No se puede enseñar este tipo de filosofía –no son temas mundanos de conversación– pues son temas de *conversión*, ¡lo que es muy diferente! La filosofía del Colegio de Francia ante las mujeres del mundo es una cosa, es respetable y está bien. Nada es inútil, repito. ¡Pero no es suficiente! No era como lo que hacía Sócrates –ni tampoco es como lo que hacía Jesús. Jesús y sus doce discípulos; doce solamente (todavía me decía un maestro espiritual hace veinte años: siempre hay uno que traiciona). Aun con sólo doce discípulos, Jesús cambió al mundo.

Hoy, con estos ideogramas, estamos en presencia de un corto circuito entre los orígenes más lejanos y las realidades más modernas. En presencia de un modelo dialéctico, pues es una nueva dialéctica, y la dialéctica de Hegel tuvo

suficiente con crear el marxismo –y ustedes saben le resultado que eso produjo en cuanto a la revolución del mundo...

Al aplicar este modelo de una nueva dialéctica, estamos hoy en presencia de una nueva gnosis, de un instrumento conceptual del que no podemos evaluar su potencial. Qué es lo que eso nos dará, no lo sé en absoluto y no me importa. Cualquiera que sea el dominio en el que apliquen las concepciones anteriores, “más allá” y “más acá”, “antes” o “después”, significan la misma cosa. Y en consecuencia, las nociones de “pro” (progresión) y de “re” (regresión) desaparecen conforme a las enseñanzas de la Tradición. No hay un “pro” ni un “re” sobre el plano de la conciencia individual, sobre el plano de la edificación del hombre interior, como le dice San Pablo. Sobre el plan práctico, en los terrenos de la aplicación –cada quien tiene los suyos–, en el plano político, es evidente que inmediatamente se llega a la noción de *castas*. Debemos una explicación muy sencilla en la situación histórica de este momento: hombres de conocimiento, hombres de poder, hombres de gestión, hombres de ejecución. Esto, conforme además con las tradiciones hindúes, no es otra cosa que: los *brahmanes*, los *shatriyas*, los *vaishas* y los *shudras*. Y ustedes aprecian que, en este momento, los problemas políticos son los problemas del poder, no los problemas del conocimiento; por lo tanto, no hay que mezclar a ambos. O, más exactamente, si ustedes quieren hacer una casta de hombres de conocimiento que sean al mismo tiempo hombres de poder, y erigir así una Teocracia, no llegarán a comprender nada y mezclarán todo. Ese es el camino, en consecuencia, de la confusión de las lenguas; es Babel. Desde el punto de vista biológico, desde el punto de vista de las funciones del hombre, es cierto que hay dominios que pertenecen al hombre interior y que no son del hombre exterior: todos los que conciernen al conocimiento y no al poder. Forzosamente hay dominios en el hombre que escapan a cualquier acción, a cualquier instrumentación y, con mayor razón, a cualquier represión social. Y dichos dominios los podemos enumerar fácilmente cuando se vive esta experiencia, pues se trata de una experiencia viva, de una experiencia vivida. Cuando se vive el acceso a esta noción de la interdependencia universal, o de la intersubjetividad absoluta,

provoca inmediatamente un cambio radical de los modos de existencia. Esto es fatal: no se pueden tener, en el plano de la evaluación de los valores, las mismas nociones que antes, especialmente en el terreno político, como resultará evidente. Y se darán cuenta que algunos dominios son irreductibles a cualquier acción social, a cualquier represión social.

El sexo, por principio, ¡en su función erótica, claro! (La revolución sexual de Reich es, para mí, algo extremadamente confuso; es una mezcolanza de géneros, el freudo-marxismo –del que ya les hablé hoy– es un hervido para gatos, para hablar decentemente... ustedes no pueden juntar las teorías más contradictorias; esta teoría es una teoría sincrética, es una moda, y nada más que moda). Este primer dominio de la acción y de la comprensión del erotismo sexual pertenece al plano físico.

El segundo de estos dominios irreductibles del hombre pertenece al plano del alma, al plano del cuerpo físico: es el arte. El arte tampoco es instrumentable socialmente. Ustedes sólo lo pueden promulgar, socialmente, para imponer algunas fórmulas que no se sostendrán. Es cierto que el hombre siempre estará en estado de creación, cualesquiera que sean los constreñimientos sociales sobre este plano. O al menos provisionalmente.

Por lo que respecta a los dominios del espíritu, es decir, el tercer dominio de la constitución del cuerpo, el tercero irreductible a cualquier instrumentación social, está, evidentemente, la meditación metafísica, y para mí es el problema de la muerte.

Todas las revoluciones materialistas que han pretendido manejar estos problemas –extirpar en especial la religión en sus formas más populares, y con mayor razón en sus formas metafísicas de los meditadores de vanguardia– todas esas revoluciones, a la larga, han fracasado. Eso es fatal, ustedes lo comprenden. Lo que prueba la relatividad de las formas del poder.

Hoy, pues, la consecuencia es la siguiente: si admitimos esta segregación, si admitimos esta vuelta al orden, ¿qué va a pasar, desde el punto de vista institucional, en cien años? No sé absolutamente nada. Incluso diría que si pretendiera interesarme en ello sería un pobre hombre; son problemas que me

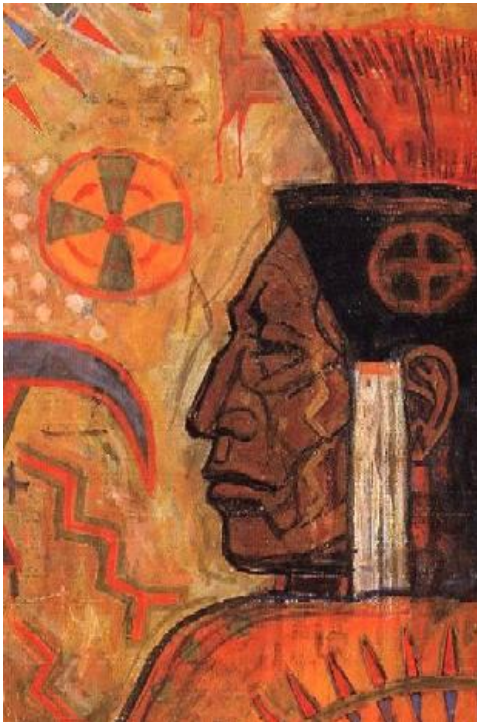
sobrepasan. Ese profetismo no es un profetismo de verdad. El verdadero profetismo está en el plano de la conciencia que se tiene, en el plano del espíritu –no en el plano de las instituciones políticas, es evidente. Lo que sé, en todo caso, es que si no acepto esta segregación entre el poder y el conocimiento, yo cometo un pecado contra el espíritu.

Ustedes me dirán: no todo el mundo lo puede hacer, si se entiende bien. O más exactamente me dirán: ¿y si todo el mundo lo hace así? ¿Si nadie quiere, por ejemplo, votar? ¿Si nadie quiere interesarse en la política? Estaría mal plantear el problema porque forzosamente hay gente que debe interesarse en la política conforme a su naturaleza. E igualmente, al contrario, hay gente que no puede interesarse en ella, también conforme a su naturaleza. Y todos ellos tienen una vocación, todos tienen una función, y el mundo camina así. No pueden universalizar a tontas y locas... El gran error del siglo XVIII, cuando se vivía en la ilusión de los sistemas cerrados en el plano científico, se pretendieron universalizar los valores morales: es una contradicción absoluta. Lo que se hacía por un lado, era aislar los fenómenos, caracterizarlos de una manera específica; no se hacían sobre el plano de los valores. ¿Por qué? Allí hay una contradicción. Yo digo: hoy nos hace falta, al contrario –nosotros, que vivimos de la noción de la interdependencia universal– comprender que las funciones sociales se organizan sinárquicamente de manera armoniosa. Y, en consecuencia, dejar a los hombres de conocimiento su función. “¡Dejárselos, dejárselos!”; hago muy mal al decirlo –“dejárselos”, ellos no se sienten mal. Ellos tomarán el derecho a permanecer como hombres de conocimiento, y no los obligarán a otra cosa ¡si esa es su vocación, si esa es su misión! Como dice el *Bhagavad Gita*: “Cualquier hombre que actúa conforme a su naturaleza espera la perfección”. Más bien debería decir: hay que reconocer la función de los hombres de conocimiento.

Hoy existe una especie de sacerdocio invisible que está a punto de nacer, y deseo además que permanezca invisible, porque cuando se quiera volver institucional comenzará su decadencia, comenzará su profanación y su pecado contra el espíritu. Pero no digo que este sacerdocio invisible, que en apariencia no actúa socialmente, sea inoperante. Es la ley de la inacción del Tao. Hay en el

poder del espíritu una acción que va, que actúa mucho más lejos que las galaxias. La acción inmóvil está en realidad en armonía, en acción, en relación con las fuerzas más lejanas del cosmos.

Y para terminar, quisiera simplemente citar dos frases. Una está tomada de la experiencia, de la magia de las tribus más simples, las más antiguas, las más tradicionales, las más arraigadas en la vieja tradición no evolucionada. Cuando Jung, el psicoanalista zuriqués, visitó los *pueblos* indios en el sur de los Estados Unidos, el jefe de la tribu le dijo:



Pintura de Frithjof Schuon

“Pero señor, ¡ayúdenos! Si los estadounidenses continúan así, a obstaculizar, a dificultar nuestra religión, y a nosotros a impedirnos ayudar al Sol en su trayecto a través del cielo, ¡van a pasar catástrofes! En diez años habrá grandes catástrofes para los americanos y para el mundo entero. Nuestra misión es ayudar todos los días al Sol en su curso para cruzar el cielo, y ellos nos lo impiden”.

Observen que los indios poseían la noción de la magia universal que se sujeta, simplemente, a los ritos. Existe la acción de los ritos y existe la acción del pensamiento.

Y en el otro extremo, en el plano de las meditaciones más avanzadas (este indio permanecía en contacto con la Tradición más antigua, la menos formalizada) hay una frase extraordinaria de la Cábala que evoca la sabiduría, ella sola, en su célula, la noche, ante los libros de la Ley –y meditando sobre ellos. Allí está solo, inclinado sobre estos libros, no hace nada –es como el emperador de China, que dirigía su imperio sin moverse– y la Cábala dice textualmente: “Es el estudio de la Ley el que sostiene al mundo”.

Esta frase me servirá de resumen, de la más evidente ilustración, para la inacción y, por lo tanto, para la acción universal del pensamiento.